

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica II despues de la Epifanía.

—
Hoc fecit initium signorum Jesus in Caná Galilee.

JOAN., II.

Uno de los episodios mas interesantes de la vida del Salvador es el que tuvo lugar en Caná de Galilea, ciudad enclavada en la tribu de Zabulon al Norte del Thabor, á tres leguas de distancia. Habian sido concertadas unas bodas en dicha ciudad y asistieron á ellas en cláse de convidados la Santísima Virgen, el Salvador y sus discipulos. Ora porque habia mucha gente, ora porque los esposos eran pobres, ó sea porque celebrándose las bodas por espacio de ocho dias habian pasado ya algunos, llegó á faltar el vino, y la Virgen Santísima, movida de piedad y de misericordia hácia los esposos, dijo

á Jesús: *Vinum non habent.* A esta indicacion de su Madre, mandó Jesús llenar de agua siete hidrias ó tinajuelas de piedra que allí habia, equivalentes cada una al cántaro, ó medida ática que corresponde al *cado* de los hebreos; mayor que la ánfora romana, y pesaba como unas cincuenta y seis libras, y por consiguiente cada hidria contenia por lo menos de cinco á siete arrobas. Luego que los criados llenaron las hidrias de agua, dijoles el Salvador: Sacad ahora y llevad al maestresala. Era este el encargado de disponer y gobernar la fiesta ó banquete. Se llamaba tambien el rey, ó príncipe del convite. Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabia de dónde era, aunque los que servian ya estaban al corriente del milagro, porque

habían sacado el agua, llamó al esposo el maestra sala, y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino; y después que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno: mas tú guardaste el buen vino hasta ahora. Acostumbrábase en semejantes festines servir al principio el mejor vino; y como no sabía la procedencia de aquel tan excelente, se le quejó, de que contra la costumbre recibida en los banquetes, le había reservado para la postre:

Este fué el primer milagro que hizo Jesús, y manifestó con él su divinidad, y sus discípulos se afirmaron mas en la fé del Mesías, viendo un milagro tan estupendo obrado por sólo el querer de Jesús.

Exponiendo las misteriosas é instructivas significaciones de este bellissimo pasaje evangélico en la forma que lo hicieron los Santos Padres y los más autorizados intérpretes, nos lisongeamos que nuestro trabajo ha de ser fecundo en doctrinas y reflexiones, de grandísima utilidad para la dirección y gobierno de vuestra vida.

La conversión del agua en vino en las bodas de Caná es el primer milagro público que hizo Je-

sucristo para acreditar su divina misión. Así se dió á conocer como Hijo de Dios y Salvador de la humanidad, á sus parientes, amigos y compatriotas que vieron el milagro y lo divulgaron en todo el país. Este fué el principio de las maravillas que hizo el Salvador para llevar á digno remate la obra grandiosa de Redención. Y como Jesús venia á levantar el edificio social sobre bases eternas; sobre cimientos inconvencibles, empieza su vida pública, asistiendo á la celebración de unas bodas, santificando con su gracia el corazón de los esposos, y sellando con un milagro el matrimonio, origen manantial de la sociedad pública. Desde entonces el contrato natural quedó elevado á la dignidad de Sacramento grande en Cristo y en la Iglesia, y afirmada fué su unidad, consolidada su indisolubilidad, consagrados los derechos que engendra, y sancionados los deberes que impone. Sacramento grande es el matrimonio cristiano porque representa los santos desposorios del Verbo divino con la humana naturaleza, celebrados en el misterio de la Encarnación. Sacramento grande por las virtudes que pide á los esposos y por las gracias que les confiere para santificarse mutuamente, para cum-

plir los deberes anejos á la sociedad conyugal, para dar á la Iglesia buenos hijos, á la patria miembros útiles, á Dios servidores fieles, y al cielo moradores santos y bienaventurados. Solo Jesucristo puede convertir el agua de la aflicción, del dolor, y de las tribulaciones en vino de alegría, de amor mútuo y de dulcísimo consuelo. Solo Jesucristo puede convertir el hogar doméstico en un santuario, el matrimonio en una representación pura, santa y dichosa de sus santísimos desposorios con la Iglesia, y solo él puede transformar con su gracia el padre, la madre, y el hijo, esta trinidad humana que compone la familia de la tierra, en imagen y semejanza de la Trinidad divina que todo lo gobierna desde lo alto de los cielos.

Símbolo es el vino, de la gracia, caridad, devoción y fortaleza que Jesucristo derrama en nuestros corazones, á fin de que limpios por la gracia de toda culpa, celebremos con él místicos y sobrenaturales desposorios, uniéndonos á él con el triple vínculo de la fé, de la justicia y de la caridad, unión sublime, fundamento de nuestra grandeza, condición de nuestra vida, y preludeo de la eterna bienaventuranza. Tres clases de vino, dice San Bernar-

dó, (1) contiene la copa que Dios nos da á beber; vino rubicundo en la longanimidad de los santos, que alegra el corazón de Isaac en su vejez; vino blanco que embriagó á Noé, y embriaga de felicidad á los justos en el eterno festín de la gloria; vino negro y ácido que Jesús gustó en su agonía y no quiso beberlo; vino amargo y abrasador que será bebida eterna de los reprobos en el infierno. Bebamos de la copa que nos ofrece Cristo, Señor de nuestra vida y esposo de nuestras almas, bebamos el vino que alegra el corazón, vino dulcísimo y fortificante que da la vida, y endiosa á nuestra alma, y la embriaga con un torrente de dulzuras inefables, solo conocidas á los dichosos moradores de la casa de Dios.

Para significar misterio tan alto, realidad mística tan gloriosa para el cristiano, hizo Jesús el primer milagro público en las bodas de Caná de Galilea. Estas son las bodas que convienen ambicionar, los placeres que debemos procurarnos, el honor, la grandeza, y la dicha que merece nuestros afanes, y reclama para su logro toda la actividad de nuestras facultades. Gustad y ved cuán dulce y sabroso es servir á Dios,

1 In sententiis.

vivir con Dios y gozar de Dios. Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo sereis ciegos, insensatos y pesados de corazón? ¿Por qué amais la vanidad, y os abrazais con la mentira? La avaricia, la gula, la envidia, la lujuria, la sensualidad, esas son las reinas del mundo, las señoras del corazón humano, las horrendas tiranías que degradan y envilecen á las almas, esas son las esposas que os habeis dado, á las cuales entregais vuestro honor, vuestra conciencia, vuestra virtud, y vuestra eterna salvacion.

¡Desdichados! Ciegos sois hasta el extremo de no ver el insondable abismo que teneis delante de vuestros ojos; necios sois hasta el extremo de cambiar por un placer falso y efímero los goces purísimos y eternos de la virtud, por un momento de alegría y de satisfaccion una eternidad de dichas que exceden todo sentido y se esconden á la humana comprension. Ya es hora, hermanos míos, de romper esos lazos sacrilegos que os unen á las criaturas; ya es tiempo de sacudir el abominable yugo de las pasiones que tiranizan vuestro noble espíritu; ya es hora de repudiar con eterno repudio el vicio, que os afea, el pecado que os hace siervos, que os roba la libertad, la

filiacion divina, y los preciosos derechos á la rica herencia de gracia y de gloria, adquirida por Jesucristo al precio de su sangre para sus hermanos, que sois vosotros, que son todos los hombres que llevan en su frente el timbre de cristianos, y le honran con sus obras. Despósaoos ahora con Jesucristo, pretended, suspirad, buscad con ahínco esa union dichosa en la Iglesia, á los piés del Confesor, por medio de una confesion humilde, dolorosa, y sincera de todos vuestros pecados, de todas vuestras infidelidades, y de todas vuestras prevaricaciones. *Venite ad nuptias.* Venid á celebrar esas bodas místicas, entregad vuestra alma á Jesús, y Él la recibirá en su amoroso pecho y la colmará de gracias, y la saciará de los manjares mas exquisitos y la fortalecerá con aquel vino prodigioso que forma los santos y engendra las virgenes. *¿Quid bonum ejus est, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum et vinum germinans virgines?* (1)

Solo así, hermanos míos, lograreis la suprema dicha, cuya sed inextinguible no podemos apagar en este mundo, á saber, la dicha de ser admitidos en las

bodas eternas del Cordero immaculado, donde Jesucristo se unirá á nuestras almas con amorosa lazada, y celebrará esplendido y perpétuo banquete con sus elegidos, y nos dará á beber un vino nuevo y un néctar divino y nos embriagará con la abundancia de su casa, y nos hartará con el torrente de su gloria, Amen.

—✻—
UN VESTIDO.

—
Conclusion.

¡Cuán palpables son las disposiciones de Dios en las grandes crisis de la vida!

¿Quién no ha visto claramente el dedo de Dios señalar á la Caridad el lugar y ocasion en que debe ejercer su santa misión?

Y así lo hizo ahora, porque una noche oyó Luisa el dulce, triste y argentino son de la campanilla que anuncia á los fieles que viene Dios á la casa del hijo que, no pudiendo ir á la suya, implora su presencia. Luisa iluminó su balcón y se arrodilló adorando al Dios que dá consuelo y fortaleza en esta vida pasajera y la bienaventuranza en la eterna.

El Santo Viático entró en un pobre corral cercano á su casa, y cuando de allí salió, después de dejar el socorro del alma, entró el dela vida, que en persona fué á llevarle Luisa.

Desde entonces venia diariamente la mujer del enfermo á recibir caldo y otros auxilios de aquella casa, como lo hacian otros menesterosos; y por eso no habia querido Luisa tomar del dinero que le

entregaba su marido para los gastos, la crecida suma de cuatro mil reales, lo que le hubiese impedido atender con holgura á estas obras de caridad que hacía sencillamente, sin ruido y sin ostentación, como riega una suave nube de primavera la sedienta tierra, porque preferia los goces del corazon á los de la vanidad.

—Señora, exclamó Luisa al notar que la pobre mujer lloraba amargamente; ¿qué tiene V.? ¿No se hallaba aliviado el marido de V.?

—Sí, señora, contestó sollozando la interrogada; pero el hijo de mi alma, que no puede con el trabajo que hace, ayer cayó postrado y está echando sangre por la boca.

Hubo un rato de silencio, pues el dolor en la una y la compasion en la otra eran tales, que no hallaban palabras que las expresasen.

Después de un rato prosiguió la madre.

—Tenemos un primo en la Habana que nos ha escrito que, en vista de las cualidades, saber é inteligencia de mi hijo, tiene proporción para colocarlo allí ventajosamente, y dice que se lo enviemos; pero no tiene presente que el que no tiene para comer no tiene para costear un viaje á la Habana; y no obstante, opina el médico que un viaje de mar es lo solo que podria salvar la vida á mi hijo. Si no le hubieran quitado á mi marido el destino, habria hallado quien con la fianza del sueldo le hubiese adelantado el dinero, pero ahora es un imposible. Señora, ¡nos han perdido! Dios se lo perdone.

Luisa tenia los cuatro mil reales en la mano, era tímida, era sumisa á su mari-

do, pero aun mas cariñava. «Salvo la vida de este buen jóven, pensó; quizás haga su suerte y la de toda la familia, todo con privarme de un vestido de lujo.... y titubeó!....»

—Tome V., señora, dijo. poniendo el oro en la manò de la desconsolada madre: que parta inmediatamente su hijo de V. y que lo haga descuidado, pues mientras no escriba su llegada, no faltará á Vds. el pan de cada día.

La explosion de júbilo y gratitud de la pobre madre pintárasela al que esto lea mejor su imaginacion de lo que las palabras pudieran hacerlo.

Ocho dias despues nabegaba el enfermo hácia la Habana vigorizando sus pulmones los aires puros del mar, el descanso sus miembros y la esperanza su espíritu.

Entretanto la cuestion del vestido seguia siendo el solo, pero perenne, altercado del matrimonio de que nos venimos ocupando, y no obstante el marido no era vano; pero el cobarde respeto humano le conducía á persistir en aquella mezquina exigencia, con la que de continuo mortificaba á su excelente mujer.

—¿Y el vestido, preguntaba de cuando en cuando D. Felipe ¿te lo has comprado?

Esta, que era tímida, no se atrevia á decir á su marido que habia dispuesto del dinero, y trataba de salir del paso con evasivas. Unas veces decia que no le gustaban los que de venta se hallaban y que le habian dicho en las tiendas mejor surtidas que estaban aguardando nuevas remesas; otras que no habia salido por causa del frio ó falta de tiempo,

y así fueron pasando dias y meses. Ya la paciencia de D. Felipe estaba gastada.

—¿Quiere V. creer, dijo con irritacion á su amigo un dia que estaban sentados á la mesa, que haciendo como V. recodará dos meses que di el importe del vestido á mi mujer con la condicion de que en él lo invirtiese al momento, que aún no lo ha hecho? ¿Es esto leal? ¿No es esto, con su aire gazmoño, burlarse de mí?

Luisa, que, como hemos dicho, era tímida y que oía por primera vez palabras desabridas y duras en boca de su marido, se turbó y afigió, y dijo para calmarlo:

—Está comprado

—¡Por fin albricias, repuso satisfecho D. Felipe.

—¿Dónde está?

—Lo tiene la modista, respondió su mujer cada vez más turbada, como todo aquel á quien falta serenidad para seguir con paso firme la buena senda.

En este momento avisó un criado á media voz á Luisa que estaba allí una de las pobres que favorecia, que pedia hablarle con urgencia. Luisa se levantó.

—¿Dónde vas, mujer? preguntó D. Felipe ¡á que es una pobre! dile que vuelva á otra hora.

—Es la modista, contestó Luisa.

—Entonces vé, no te detengas y haz traer el vestido, que lo veamos.

No habian pasado cinco minutos cuando entró Luisa apresuradamente. Sus ojos negros brillaban, reflejándose en ellos una espléndida alegría, como brilla un puro cristal reflejando los radiantes rayos del sol; sus mejillas estaban encen-

didas como hogueras, de regocijo; sus labios temblaban indecisos entre una gozosa sonrisa y un suave llanto. En la mano traía una carta desdoblada.

—Toma, Felipe, toma, exclamó alargándose a su marido, ¡ahí tienes el vestido!

Su marido, asombrado y sin atinar cuál sería el sentido de aquellas palabras, tomó la carta y leyó.

«Padres de mi corazón: Se han acabado vuestros sufrimientos y los míos. Dios nos ha hecho felices por mano de uno de aquellos ángeles que el cielo envía á la tierra para consuelo y bien de la humanidad. Gracias á él y al inesperado socorro que nos prestó, que fué tal, que debió costarle algún sacrificio, lo que aumenta su valor y mérito, embarquéme y llegué aquí después de una feliz travesía, completamente restablecido.— Apenas desembarqué, cuando me dieron la colocación que me tenía mi tío en casa de sus antiguos amos, poderosos comerciantes que lo tienen en mucha estima; á los pocos días me demostró el señor estar tan satisfecho de mi celo é inteligencia, que me aumentó el sueldo; y esta mañana, preguntándome si estaba contento y respondiéndole yo que no podía estarlo por la ausencia de mis padres y saberlos en tan infortunada posición, me dijo que escribiese á Vds. que se vinieran, en vista de que tiene donde colocar á V., padre.

Mando adjunta, para que costeen el viaje, una letra, importe del sueldo de dos meses, que no he gastado con objeto de enviárselos, habiéndome tenido el tío en su casa, etc.»

Cuando D. Felipe hubo acabado la lectura de la carta, fijó los ojos en su mujer con una mirada que expresaba toda la admiración, todo el cariño, todo el enternecimiento de que rebosaba su corazón, y solo pudo decirle:

—Perdona Luisa.

La suave y modesta criolla le contestó.

—Perdona tú, pues te engañaba.

—Mi culpa es, que no supe inspirarte confianza, repuso el marido; si me hubieras dicho, se habría hecho la buena obra sin que para eso tuvieses que privarte de un buen vestido. Ahora me encargo yo de proporcionártelo, y por cierto que no habrá salido de las fábricas de Lyon otro mejor que el que recibas.

—Eso; no, Felipe, no, exclamó Luisa: si acaso lo que he hecho es una buena acción y me lo recompensaras, no sería yo, sino tú, el que de ella tendría el mérito y la satisfacción y no te lo cedo. Además, el bien que se hace sin que nos cueste un sacrificio ó una privación, pequeña ó grande, no deja del todo satisfecho el corazón, ni completamente alegre la conciencia.

Fernán Caballero.

VARIETADES.

UNA CONVERSION.

De los periódicos de Londres tomamos los siguientes datos relativos á la conversión al catolicismo de una distinguida artista.

«Una ceremonia, tan interesante como conmovedora, ha tenido lugar el sábado pasado (19) en Londres, en la iglesia de San Pedro y de San Eduardo. En dicho

dia, la señora Bancroft, tan conocida en la sociedad inglesa, y reputada como una de las mejores actrices, abjuró de sus creencias ante el ministro católico, reverendo P. Forster. La neófita dirigía con su marido el teatro de Haymarket, y gracias á sus cualidades artísticas, y sobre todo á una reputación sin mancha, unida á sus modales distinguidos, era recibida en la sociedad inglesa.

La abjuración de la señora Bancroft ha tenido lugar sin el menor aparato, á presencia de su marido y de sus hermanos y de algunos invitados. Sólo las gradas del altar estaban adornadas con espléndidos tapices, regalo de la neófita.»

En 1887 celebrará Su Santidad el aniversario de su jubileo sacerdotal. El cardenal Acuaderni preside la comisión de la preparación de las fiestas que tendrán lugar con tan fausto motivo. El secretario de Estado ha pasado una circular á las Nunciaturas para que se pongan en comunicación con los Obispos y tengan los mejores resultados la suscripción y la exposición de objetos de arte religiosos que se preparan.

Tres pastores de la Iglesia anglicana, los curas de Saa Juan en Corkuay; el de Llantoram y Corrington, han abjurado sus creencias y entrado en el seno de la Iglesia católica.

Con indignación leemos el siguiente suelto en *El Diario del Hogar*:

«En San Francisco de California los chinos han venido dedicándose desde hace algún tiempo á un tráfico infame:

han estado comprando niñas blancas, á razón de 60 pesos cada una, y no solo las han obtenido de las desnaturalizadas madres, sino también de los asilos y hospicios.

Una de las teorías para explicar el objeto de esas extraordinarias compras, es la de que las pobres niñas compradas son criadas por los chinos hasta la edad de doce años y enviadas entonces al Celeste Imperio para ser vendidas con enorme ganancia al primer ricacho ó mandarin que se presenta.

Los Padres trapenses están haciendo en las campiñas próximas á Roma verdaderas maravillas: en aquellas malas campiñas abandonadas largo tiempo, florecen hoy viñas, árboles frutales y eucaliptus, haciendo saltar con dinamita, rocas y capas de lava que esterilizaban toda aquella zona.

Un rey del Japon, recién convertido, condenó á muerte á uno de sus pajes por haber faltado gravemente al respeto debido al templo del Señor. Suplicándole que hiciera gracia al infeliz.—¡Cómol exclamó, lleno de indignación: ¡se castiga á los que faltan al respeto de los reyes de la tierra, y dejaría yo impune al que ha ultrajado al dueño soberano y rey de los reyes, en su mismo real palacio, y en su presencia?

